



Movimientos campesinos y educación

Estudio sobre el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil y
el Movimiento Campesino de Santiago del Estero MOCASE-VC

Norma Michi

EDITORIAL
EL COLECTIVO



Norma Michi es Enfermera Profesional, Licenciada en Educación permanente por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Ciencias Sociales y Educación por FLACSO y Doctora en Educación por Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Trabaja desde hace 25 años como docente e investigadora en la Universidad Nacional de Luján, en la División Educación de Adultos. Comparte con organizaciones y movimientos populares, desde su trabajo en la universidad y desde la militancia social, diversos proyectos enmarcados en la Educación Popular. El siguiente libro constituye su tesis doctoral.

Movimientos campesinos y educación

El Movimiento de los Trabajadores Rurales
Sin Tierra y el Movimiento Campesino de
Santiago del Estero-VC

Norma Michi

Colección
Orlando Fals Borda

EDITORIAL
EL COLECTIVO



Buenos Aires, 2010

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo.....	13
Introducción	17

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1. **Antecedentes, marco teórico conceptual y construcción del objeto**

1. Movimientos sociales.....	23
2. Producción de cultura.....	44
3. Las organizaciones populares y la educación.....	63

CAPÍTULO 2. **Consideraciones metodológicas**

1. Construcción del objeto de investigación y enfoque.....	97
2. Selección de experiencias, escalas y niveles de análisis.....	101
3. Triangulación de datos y de métodos.....	102
4. El proceso de análisis y escritura.....	104

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 3. **El Movimiento de Trabalhadores Rurais Sem Terra como movimiento social territorializado**

1. Algunos datos sobre el contexto económico, político y social.....	107
2. El MST como movimiento social popular territorializado.....	114

CAPÍTULO 4. **El MST y la educación**

1. La importancia de la educación para el MST.....	158
2. La Formación Política.....	161
3. La Educación Escolar	166

CAPÍTULO 5. **El Movimiento Campesino de Santiago del Estero como organización**

1. Algunos datos sobre el contexto económico, político y social.....	203
2. El MOCASE como movimiento social popular territorializado.....	214

CAPÍTULO 6. **El MOCASE y la educación**

1. Los procesos de formación dentro del movimiento.....	263
2. Los proyectos de formación especialmente destinados a los jóvenes.....	278
3. Proyecto de formación de maestros.....	288

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 7. **Conclusiones**

1. Principales conclusiones de nuestro trabajo.....	324
2. Nuevas líneas de indagación.....	341

Notas	343
--------------------	-----

Bibliografía y fuentes

1. Fuentes.....	407
2. Bibliografía consultada.....	412

Prólogo

En los últimos tiempos –digamos, últimos veinte años, poco más o menos–, comenzó a prestarse especial atención a los llamados “movimientos sociales”; fenómeno singularmente extendido en Latinoamérica y particularmente en Argentina. Tal denominación obedece al hecho de que dichos movimientos se han generado al margen de los partidos políticos “tradicionales”, y a partir de reclamos de carácter económico-social de diverso tipo y envergadura (trabajo, tierra, etc.). Algunos de tales “movimientos” mantienen relaciones más o menos estrechas con partidos u organizaciones políticas que no se inscriben entre las reconocidas como “tradicionales”. Por lo demás –y no se trata de mera casualidad, sino que es una o quizá la principal causa del fenómeno–, esto se verifica en momentos de un inédito descrédito de los partidos políticos como orientadores fundamentales de la conducta y las definiciones ideológico-políticas de la ciudadanía. Por otra parte, como es sabido, el fenómeno se verifica tanto en el espacio urbano como en el rural. Es en este contexto en el que se concibe la investigación cuyo producto principal, aunque no único, es el libro objeto del presente prólogo. Digo principal pero no único, porque todo emprendimiento de esta naturaleza deja enseñanzas y experiencias de variado tipo –académicas, sociales, políticas, en fin, personales– de las que difícilmente podrían dar cuenta las páginas de un libro.

Pero, cualquiera que sea el contexto histórico que actúa como motivo, la primer tarea de todo proyecto de investigación consiste en la definición del tema, objeto particular, campo propio del trabajo a emprender. En suma, poner en claro qué cosa queremos investigar. Sucede que la “cosa” a indagar por lo común no está absolutamente “clara” en el inicio, o no lo está en todos sus términos. La definición precisa del tema, del “objeto de investigación”, es el resultado de un proceso complejo en cuyo curso se disipan dudas de orden teórico-

metodológicas que inevitablemente van surgiendo a medida que se avanza en su construcción. Porque, ya se sabe, el fenómeno –el “concreto real”, dice Marx– está allá “afuera”, lo que el investigador debe construir es el “concreto de conocimiento”; y tal construcción sólo es posible mediante el recurso de la teoría, acompañada, claro, de una buena y prudente dosis de imaginación. Es por eso que todo trabajo de investigación constituye una aventura, que entusiasma y en ocasiones también apasiona. Esto último, sobretudo, suele ser así cuando el interés académico va acompañado o resulta inseparable del compromiso ideológico-político, aquel que Sartre reclamaba a todo intelectual. En este caso, la pasión camina junto a “la razón”, la reflexión, el análisis detenido.

Precisamente, el trabajo de Michi es una buena muestra de tal virtuosa combinación; virtuosa y al mismo tiempo peligrosa. De ello hay conciencia plena, es una opción epistemológica y política, que implica situarse en las antipodas de la receta weberiana, por otra parte, de imposible cumplimiento: pretender que a la hora del análisis el investigador se “despoje” de los “valores” que anidan en su conciencia, que forman parte de su propia constitución –que de todos modos ya han sido utilizados en la elección del tema, definiciones básicas y todo lo demás, vale tener presente–; es decir, lo que se pretende es que el sujeto que investiga tome distancia de su propia subjetividad, que la ponga “entre paréntesis” –la famosa “epokhé” que reclamaba Merleau Ponty respecto del mundo exterior– y aspire a constituirse en “el cosmos en sí”, en el decir de Gramsci, para lograr la ambicionada e inalcanzable “objetividad científica”. Se trata, claro, de un punto de vista particular, de una “ideología” científica, en el sentido que Gramsci otorga a la expresión. Por supuesto, la teoría crítico-marxista, es otra “ideología” científica, que expresa otro punto de vista. De aquella opción, entonces, depende la naturaleza misma de la investigación en todo su recorrido.

En este caso, y desde la misma introducción, la autora no deja dudas respecto de su opción: “explicitamos nuestra opción teórica por el materialismo cultural, tributario del pensamiento gramsciano...”. De modo que Gramsci, Raymond Williams y E.P. Thompson, proveerán, desde el mismo punto de partida, los elementos fundamentales que orientarán todas las definiciones que requiere el proceso a lo largo de su curso: desde las cuestiones conceptuales básicas, hasta los aspectos metodológico-instrumentales relativos al trabajo de campo y las herramientas de análisis del material obtenido.

No cabe duda que el trabajo de Michi es una muestra más –una entre muchas otras– de la capacidad de “la gran teoría” para estudiar

realidades históricas concretas. En este caso se trata de dos organizaciones populares campesinas que reclaman, unos –el MST en Brasil– la tierra que no tienen y se consideran con derecho a tener; otros –el MOCASE en Santiago del Estero– que se resisten a ser expropiados y expulsados de sus tierras, de su territorio que ocupan desde mucho tiempo atrás; “desde siempre”, podría decirse. Ello explica que la estrategia de los primeros sea ofensiva y la de los segundos, defensiva, como destaca la autora en su trabajo. Pero el elemento común es, pues, el “eterno” problema de la tierra: “Tierra y Libertad”, recordemos, fue la consigna de Emiliano Zapata en lo que se conoce como “Revolución mexicana”, hace ya un siglo. Hay otras semejanzas, pero hay también diferencias y algunas realmente importantes: el MST es un movimiento de alcance nacional que involucra a 350.000 familias, el MOCASE se encuentra localizado en una provincia y reúne a 8.500 familias. Y no digo más sobre estas cuestiones que en el libro son exhaustivamente tratadas.

Sí me parece importante situar el trabajo de Michi en el contexto de las investigaciones sociológicas o, en un sentido más general, dentro del vasto campo de las ciencias sociales. Y no lo hago por un afán clasificatorio, que no tendría ningún sentido, sino porque ello permite destacar una de las características principales del mismo. ¿Se trata de una investigación socioeducativa o es pasible de ser situada dentro de los llamados “estudios culturales”? La referida opción teórica de la autora a favor del materialismo cultural, con todo lo que ello implica, da pie al menos para que uno se formule aquel interrogante. Si hemos de juzgar por el título de la investigación –ahora del libro–, pareciera que correspondería situarlo dentro del campo socioeducativo. No obstante, lo educativo excede por mucho lo institucional y, tal como es abordado, cubre ciertamente el más amplio espacio de lo propiamente “cultural”. Ello, por lo mismo, explica la opción teórica que signa todo el trabajo. ¿Cuál sería entonces aquella característica “principal” que deseo destacar?

En *El fin de las pequeñas historias*, Eduardo Grüner realiza una profunda y fundada crítica a los denominados “estudios culturales”, donde, entre otras cosas, destaca el desapego a la “totalidad” que caracteriza a tales “estudios”; de tal suerte que tendríamos “partes” sin “todo” al cual referenciarse. Otro tanto plantea Fredric Jameson en *El giro cultural*. Pues bien, a mi juicio uno de los méritos del trabajo de Michi radica, precisamente, en la decisión de operar en el espacio reducido de las experiencias particulares de dos movimientos sociales partiendo de la “totalidad”, la que propone una “gran teoría” –uno de los “grandes relatos”, tan descalificados y considerados obsoletos por

el discurso posmoderno, hoy en franca retirada a juicio de Grüner, que comparto plenamente–; “totalidad” a partir de la cual se define la naturaleza misma de las “partes” y, entonces sí, se las interroga para sacar a luz sus características, evolución y realizaciones.

De hecho, Michi reivindica la gran teoría y, en consecuencia, remite las partes al “todo”, tanto en su razón de ser como en sus relaciones entre sí y con éste. De otro modo, ¿cómo considerar la índole de la relación del “movimiento” popular con el Estado nacional o provincial, si cuando mencionamos a éste no sabemos de qué estamos hablando? ¿Desde qué concepción de sociedad –el “todo” en cuestión, pues–, se ha de realizar la observación y el análisis de las acciones que promueven estos “movimientos” cuando plantean sus reivindicaciones, resisten y se rebelan contra lo constituido? La explicitada opción por el materialismo cultural, en el marco de la teoría crítico-marxista, proveyó a la autora de un coherente complejo conceptual –hegemonía, contrahegemonía, sentido común, núcleo de buen sentido, praxis, clase, lucha de clases, etc.– a partir del cual abordó con solidez el estudio de una realidad histórica concreta.

Pero, aún hay más. Partir de la “totalidad” que propone el gran relato, implica “situar” el caso objeto de estudio tanto en términos sincrónicos como diacrónicos. Supone, quiero decir, realizar el esfuerzo por dar cuenta no sólo de “nuestro lugar en el mundo” hoy, sino de explicarnos también cómo hemos llegado a ser lo que somos. En la historia, como en la naturaleza, no existe la generación espontánea. Michi lo tiene presente, y en cada uno de los casos estudiados comienza por indagar la “genealogía” del fenómeno: los antecedentes, las historias particulares, los episodios vividos, en suma, la memoria colectiva –la memoria popular, quiero decir–, que reivindica los derechos, que promueve la rebelión y alimenta la esperanza.

José Tamarit

